

TESTIMONIO DE PRIMAVERA ECLESIAL

Carlos Alberto Calderón Álvarez

(Gómez Plata/Antioquia, 1948 – Nairobi/Kenia, 1996)



Carlos Alberto nació en Gómez Plata (Antioquia) el 6 de noviembre de 1948, siendo el séptimo entre los 15 hijos del hogar conformado por Ignacio Calderón y Aura Álvarez. En el seno familiar se formó en los valores cristianos de respeto, solidaridad, desprendimiento de los bienes materiales, compartir y valorar de las personas que estaban a su alrededor. Estas enseñanzas no le fueron infundidas en la teoría sino desde el buen ejemplo. Su padre fue muy recordado en Gómez Plata porque prestó siempre su servicio voluntario de trasladar los enfermos, viviesen donde viviesen, al hospital municipal.

A la edad de 4 años, su familia se trasladó a Medellín, al barrio Aranjuez. Allí, a los 7 años se inició como acólito, acompañando en sus celebraciones eucarísticas al padre Hernando Barrientos. A la edad de 10 años, ingresa al seminario Conciliar de Medellín, contando con el apoyo económico del padre Barrientos.

Fue ordenado sacerdote el 1 de junio de 1974, de manos de monseñor Tulio Botero Salazar, arzobispo de Medellín. Cantó su primera misa en la Parroquia San Cayetano de Aranjuez (Medellín). Recién ordenado, es nombrado coadjutor en la Parroquia Santa Gertrudis de Envigado (Antioquia), donde también trabajó como profesor en el Colegio Francisco Restrepo Molina. El 4 de Julio de 1976 llega, en calidad de párroco de la Iglesia de San Pablo, a uno de los barrios más marginados de la comuna noroccidental de Medellín, el barrio París.

El 30 de octubre de 1979 *-día de la fiesta de Todos los Santos-* es nombrado párroco en La Milagrosa (Medellín). Por tratarse de Todos los Santos, ese día, en la homilía, hizo un discernimiento de lo que la santidad significa.

“La santidad es para todos. Es algo fácil y difícil al mismo tiempo, sólo se necesita vivir según el espíritu de las bienaventuranzas. Los santos no están en la iglesia sólo para que les recemos, hagamos novenas, prendamos velitas y les pidamos milagros, ellos están para que los imitemos”.

A inicios del año 1980 es enviado a ejercer su labor apostólica, en la región de San José del Nus, donde se encontró con el padre Jaime Restrepo, con quien compartía su seguimiento a Jesús por los pobres. A finales de 1980, es enviado a Italia a estudiar Teología Moral. Allí en la Universidad Gregoriana de Roma, obtiene un doctorado con tesis laureada llamada *“Jesús y el sermón de la montaña”* y en la Universidad de Friburgo en Alemania, obtiene doctorado en pastoral.

A su regreso se vincula, en calidad de profesor de ética, a la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana y a la Facultad de Medicina del Centro de Estudios Universitarios C.E.S., donde anima a los estudiantes a conformar brigadas de salud para poner sus conocimientos al servicio de la salud de los habitantes de los barrios periféricos de la ciudad. En la Universidad Pontificia Bolivariana obtiene una maestría en Filosofía y Letras y en la Universidad de Antioquia y culmina una maestría en Psico orientación. Hablaba perfectamente inglés, francés, alemán e italiano.

Simultáneamente, el 20 de Julio de 1980, se posesiona como párroco del barrio El Corazón de Medellín, donde ejerce su ministerio sacerdotal durante 4 años consecutivos.

En El Corazón era considerado como el hermano de todos. Tenía una manera diferente para acercarse a los niños, a los jóvenes o a los adultos. Con los niños jugaba, con los adolescentes hacía deportes, con los jóvenes emprendía grandes caminadas o se sentaba con ellos en el salón parroquial y realizaban largas y amenas tertulias. Con los adultos conformó grupos de trabajo por el bienestar de la comunidad y de estudio de la Biblia para formar multiplicadores de la evangelización entre los vecinos.

En las reuniones de estudio de evangelio y en sus homilías, presentaba a un Dios, que como buen Padre que es, no se goza en el padecimiento de sus hijos cuando carecen de lo más esencial para vivir una existencia digna, puesto que Él, al crear este paraíso en el cual vivimos, rodeó nuestro entorno de recursos animales, vegetales y minerales y nos dotó a los seres humanos de talentos para hacer uso de esos recursos de la creación en favor de lo que nos brinda bienestar, garantizándonos así una vida digna para todos.

Hacía caer en la cuenta de la tendencia de los seres humanos de manipular a Dios a través de la oración, como si esta fuese una herramienta para chantajearlo o para reducirlo a un ser dador de bienes materiales y de bienestar. Ya Dios nos lo dio todo, decía: ciencia, tecnología, inteligencia, manos para extenderlas al servicio de los otros y para trabajar en la construcción de un mejor mundo, en el que todos tengan cabida; lenguaje para comunicar y capacidad de amar que permite mirar al sufriente con ojos de compasión y de misericordia para solidarizarse con sus necesidades. Hizo a los

seres humanos como forjadores de historia, posibilitando los medios para continuar co-creando con Él un mundo que cada sea más humano e incluyente, un mundo en el que reinen el amor, la paz, la verdad y la justicia, en una palabra: El “Reino”.

Recalcaba la importancia de leer e interpretar en comunidad el evangelio para conocer a fondo a Jesús y poder así seguirlo, propendiendo por la felicidad de todos los hermanos con quienes interactuamos, nuestros prójimos. Nos decía que esa era precisamente la manera fraternal de acercarnos a Dios y de agradecerlo: relacionándonos, a la manera de Jesús, con nuestros hermanos, especialmente con quienes nos revelan el rostro sufriente de Jesús en el calvario.

En concordancia con ese pensamiento, Carlos Alberto en su quehacer pastoral, fue un gran animador para el trabajo comunitario en pro de mejorar las condiciones de vida materiales de la comunidad. Se reunía con los líderes comunitarios y con los representantes de las Juntas de Acción Comunal. Promovía la conformación de equipos de pastoral juvenil, de salud, de educación, de gestión de comedores comunitarios para los niños en edad escolar. Carlos Alberto tenía muy claro el papel a jugar en esos grupos: ser animador. Nunca trabajaba en vez de la gente o para la gente. Siempre caminó al lado de y con la gente, hombro a hombro. Consideraba el asistencialismo como una actitud paternalista, destructiva de la persona en tanto la paraliza, la priva de la acción, le crea dependencia, la hace experimentar una sensación de que es incapaz y le impide ser protagonista de su propia historia.

En las Eucaristía todos los días, al caer la tarde, las misas eran toda una celebración participativa, alegre, variada. Tomaba cada día el pasaje del evangelio e invitaba a los fieles a releerlo. Luego, con los aportes que los participantes hacían, sobre lo que más les había impactado del evangelio reconstruía el texto. Luego invitaba a extraer los verbos que se encontraban en el pasaje del evangelio leído, para detenerse en el actuar de Jesús que fue más acción que palabra. A continuación, invitaba a pasar al altar los que quisieran compartir el mensaje que Jesús les había dejado y cómo actualizarlo para ponerlo en práctica en las circunstancias particulares de cada persona y de la comunidad. Con la riqueza de los aportes de la comunidad hacía una síntesis. Se percibía ahí, patente, cómo Dios habla a través de los sencillos.

A Carlos Alberto, sus feligreses lo percibían tan cercano que lo invitaban a cenar en sus casas y a las fiestas de celebraciones de la navidad y de los cumpleaños, matrimonios y primeras comuniones. Anotaba las fechas en su agenda y no se forjaba otros compromisos para esas horas reservadas, con tanto cariño y respeto, para ser compartidas con su gente sencilla.

Era muy gentil. No escatimaba palabras para expresar sus sentimientos de gratitud por los alimentos compartidos por quienes poco tienen. La mesa con él compartida, era toda una celebración fraterna. Había crónicas, chistes, risas y hasta construcción de sueños a futuro.

Visitaba los enfermos en los rincones más encumbrados de la montaña, a donde se trasladaba en su vieja motocicleta Vespa, a pie o a caballo. Fue siempre muy jovial y atento con el grupo de profesionales que se acercaban a su parroquia para ofrecerle colaboración en sus quehaceres parroquiales.

A causa de sus encuentros con la gente, se fue difundiendo entre los amigos de sus parroquianos los comentarios acerca de él y de su gentil manera de interactuar con todo tipo de personas. Fue así como empezaron a llegar de otros sectores de la ciudad y aún extranjeros que se habían impactado por los rumores que de él corrían y venían a conocerlo en persona y a compartir su experiencia de inserción en medio popular.

A Carlos Alberto no le gustaba que se elogiara su manera de vivir. Es más, le preocupaba. Decía que entonces él no estaba haciendo bien su apostolado de vivir a la manera de Jesús. Repetidas veces se le escuchó decir: “No soy yo, sino Él que vive en mí”. El amor viene de Dios, recalcaba. “Yo opté por consagrar mi vida para trabajar en exclusividad por el Reino. Procuero ser un fiel reflejo de ese amor misericordioso y bondadoso del Dios que se nos reveló en Jesús”.

A finales del año 1986 es censurado, criticado y retirado de su parroquia en el barrio El Corazón por la incompreensión y persecución de su obispo, el Cardenal Alfonso López Trujillo, quien no estaba de acuerdo con la puesta en práctica del padre Carlos Alberto de las directrices y recomendaciones del Concilio Vaticano II y de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín (1968).

Agobiado por estas incompreensiones y al no hallar interlocutor en su obispo, decide irse a la diócesis de Sincelejo donde es acogido por el obispo de entonces, monseñor Héctor Jaramillo.

El 3 de febrero llega a Morroa (Sucre), en plenas fiestas de San Blas, donde de entrada es acogido por el pueblo gracias a su alegría, a su limpia sonrisa y a su capacidad de interactuar con otras culturas e insertarse en ellas. Se dedica allí a vivir su vida de testimonio, centrada en la persona de Jesús. Carlos Alberto tenía como un imán que lo hacía atractivo de entrada. Ese imán era esa paz interior, esa bondad, esa limpieza de corazón y esa valoración del otro, especialmente del más pequeño, que se desprendían de su fe y de su concepción de quién es el otro y que se reflejaba en su alegría, en su amabilidad y en su constante sonrisa.

Morroa es un municipio ubicado en el caribe colombiano, caracterizado por la coexistencia de ganaderos latifundistas y campesinos agrícolas minifundistas que tenían intereses antagónicos. Allí Carlos Alberto inició un proceso de inserción y empezó a compartir el quehacer cotidiano con los campesinos agrarios minifundistas y de las mujeres artesanas tejedoras de hamacas, situación ésta que hizo que los terratenientes temieran que sus intereses se pusieran en jaque, razón por la cual fue amenazado de muerte y obligado a salir de la región. Estando un día sentado en el

confesionario, se arrimó una señora que le dijo: padre, ¿qué espera para salir? A usted lo van a matar mañana. Piérdase.

Hacia poco, en esa misma región, había sido asesinado el padre Bernardo López.

Con el ánimo de proteger su vida, por recomendación de monseñor Jaramillo, se desplaza hacia Cartagena donde vivía Julio, uno de sus hermanos, dejando atrás, con dolor, la población de Morroa, el 27 de septiembre de 1987. Terminando el año se exilió en Suiza.

A pesar de la distancia, Carlos Alberto buscó la manera de mantener vivo el contacto con las comunidades donde había ejercido su ministerio sacerdotal, utilizando el sistema epistolar de las cartas comunes, a través de las cuales compartía sus vivencias y la lectura, en clave de fe, que hacía de ellas. En Suiza recibe la noticia del asesinato del padre Jaime Restrepo, lo que le impactó hondamente.

Regresó de Suiza a finales de 1988 y, a su llegada nuevamente a la Arquidiócesis de Medellín, el Obispo le pidió que reemplazara, pero que no en calidad de párroco, durante casi 2 años, al padre Gabriel Díaz Duque en la parroquia de Nuestra Señora de los Desamparados, en Boquerón.

En 1991, el nuevo obispo de Medellín, monseñor Héctor Rueda Hernández, le solicitó que se encargara de levantar una parroquia en el Corregimiento de San Cristóbal. Es así como inicia la organización de la comunidad en torno a su opción de seguir a Jesús y la construcción del templo, eligiendo como patrona a Nuestra Señora del Camino, en la vereda “El Llano”. Simultáneamente, en 1991 es nombrado capellán del SENA, una institución gubernamental que imparte formación técnica a los jóvenes, para prepararlos para el trabajo.

En 1994 se entera de la necesidad de sacerdotes en el Instituto de Misioneros Javerianos de Yarumal para sacar adelante la evangelización en el continente africano. Esta noticia le revive su vocación misionera desde muy joven y la lee como un llamado de Dios para anunciarlo en esas lejanas tierras. Después de hacer un discernimiento y orar éste, que él leía como un llamado, según consta también en su bitácora personal, se les ofrece a los Javerianos para apoyarles en su misión en el África. El 2 de noviembre de 1994 llega a la ciudad de Nairobi-Kenia; alegre, optimista y sencillo, como de costumbre. Comienza a estudiar la lengua y la cultura Maasai para inculturarse en la tribu Samburu y celebrar allí esa fusión fe-vida en la nueva misión de Barsaloi.

El 28 de febrero de 1996 contrajo la malaria y, en vista de que no pudo acudir oportunamente al hospital, cuando la fiebre lo hacía tiritar, presintió su muerte biológica. Sella su vida dejándonos su último legado, una “epístola” escrita con su ya temblorosa mano, donde nos pide trabajar en pro de los que carecen de recursos que les permitan velar por su subsistencia: *“Muero completamente feliz. Cometí errores, hice sufrir personas. ¡Espero su perdón! Qué bueno morir como los más pobres y marginados, sin posibilidades de llegar al hospital. ¡Qué bueno que nadie siga*

muriendo así, ojalá ustedes se comprometan a esto! ¡Un abrazo intenso de amor para todos y para todas!”.

Muere como los pobres y olvidados de ese continente hermano, el día 5 de abril de 1996, Viernes Santo.

¡Qué ironías las de la vida! Muere por falta de un vehículo para ser transportado oportunamente al hospital en tanto que su padre siempre se puso al servicio voluntario del traslado de todos los enfermos de las veredas campesinas de su pueblo Gómez Plata.

Para mantener viva su memoria se creó la Corporación Ilakir de Enkai (Estrellas ojos de Dios), que ha querido ser, desde su nacimiento, una continuadora y difusora de la vida y obra de Carlos Alberto.

Con el ánimo de resaltar su ejemplo de vida, se crearon otras entidades como una fundación social que vela por la salud de los habitantes de “San Pedro” y “Morroa” en el departamento de Sucre, y dos instituciones educativas ubicadas en el departamento de Antioquia, a saber: una escuela rural situada en la vereda San José de la Montaña de “Boquerón” y un colegio que fue construido en la vereda “El LLano” de “San Cristóbal”, las cuales llevan su nombre.

Éste, mi testimonio del Jesús que Carlos Alberto me anunció con su estilo de vida coherente con su opción de seguirlo y anunciarlo, se limita a la descripción de actitudes por mí observadas en él desde los años que se desempeñó como párroco en el barrio El Corazón hasta que partió para África, a la recopilación de algunos datos cronológicos de su camino ministerial y a la transcripción de algunas notas de sus agendas personales, además de la recopilación que de sus escritos ha ido elaborando la Corporación Ilakir de Enkai.



www.kaired.org.co

Beatriz Eugenia Jaramillo

E-mail: bejaraja1951@gmail.com